

HOMO

• Miguel Maldonado

ANIMALITATIS

La modernidad se encargó de hacer lo contrario: distinguir al hombre del monstruo, al ciudadano de la bestia. Las dos grandes corrientes del pensamiento moderno, el socialismo y el capitalismo, lo expresan a su manera.

*Hay una bestia adentro que me seca,
se mueve por arterias,
no por venas,
por eso soy incapaz de dibujarla
sólo la intuyo.*

Hay una bestia, Fabio Morábito

Heidegger fue el último filósofo en creer que el hombre se podía fijar una meta histórica, señala Giorgio Agamben, en *The open. Man and animal*. Consideraba que la humanidad había logrado separarse de su lado animal lo suficiente como para ser dueña de sus actos. La idea de la polis, alejada de las bestias, sintetiza tal distinción: la ciudad como un polo (*polis*), el extremo no animal, la asepsia del asfalto; y la *police*, en su pronunciación inglesa, como el instrumento de Estado para encarrilar a quienes se han desviado de *Highway*. La idea de ciudad surgió como una forma de depuración, de limpia, de todos los monstruos. Y quizá sea cierto que Heidegger es el último filósofo en declarar tal divorcio. Sin embargo, los pensadores posmodernos no son los primeros en señalar la animalidad constitutiva del hombre, la monstruosidad que a todos asedia. Sólo por recordar algunos casos: el mito clásico del Andrógino revela una humanidad bestial y precaria: las personas son producto de una división esférica en dos, un ser trozado a la mitad cuya parte delantera exhibe la cicatriz, un caminar con la herida de frente exhibiendo la incompletud y la imperfección a cada paso.

Además, para los antiguos alquimistas, los reinos mineral, vegetal y animal se encontraban en estrecha relación, de tal forma que, por citar sólo un ejemplo, el león amarillo, el sol, el oro y el hombre tenían la misma sustancia. La zoología alquímica consideraba que cada cosa era consubstancial a otra. Esto recuerda la sustancia universal que buscaban los presocráticos. Todos compartiendo un poco de lo otro. La combinatoria de cuerpo humano con cabeza de sapo no provocaría sobresalto alguno, de hecho existen dibujos del siglo XVIII, mucho antes de que se mostrara la similitud biológica entre el hombre y los batracios. Lo propio puede decirse de los poetas románticos que se decían poseídos, *hunted*. Es decir, poseían la naturaleza de lo otro. Curioso que utilizaran precisamente la palabra *hunted*, que además de referirse al hecho de sentirse asechado, significa también ser un animal de presa, un *homo animalitatis*.

La modernidad se encargó de hacer lo contrario: distinguir al hombre del monstruo, al ciudadano de la bestia. Las dos grandes corrientes del pensamiento moderno, el socialismo y el capitalismo, lo expresan a su manera. Según la teoría marxista, el contacto con las máquinas, sin que lo provoque algún motivo realmente de peso, convierte al hombre en una alienígena, una de sus metáforas es Frankenstein: la tecnología produce monstruos. Quizá la teoría marxista podría resumirse en una pretendida lucha del hombre en contra del *alien* (a pesar que los antiguos griegos consideraban que precisamente nuestra

Poeta y ensayista.
Colibrí publicó de
Miguel Maldonado
La carne propia, su
último poemario.